

DE TIERRAS ALTAS

MISA DE ALBA

A Pio Baroja.

Podeis dar al pueblo el nombre que mejor os cuadre. Es una aldea de la montaña de Navarra. Una aldea clavada en áspera pendiente de una colina rocosa, cuya base contornean las aguas mugidoras de un torrente.

Las casas son grandes, inmensas, todas construidas de piedra oscura, casi negra; con tejados á dos vertientes, anchos portales ojivales, pequeñas ventanas distribuidas en tres y hasta en cuatro pisos y el imprescindible balcón corrido, cobijado á la sombra del enorme alero. Cada una de ellas mira á distinto lado y está edificada á diferente altura. La mayor parte tienen grabado encima de la puerta un escudo de armas; el del valle, común á todos sus hijos, que el Fuero y la tradición consideraban como pertenecientes á una sola familia de hijosdalgos.

Era verano y las cuatro y media de la mañana; hora en que comenzaron á tocar á misa en la parroquia. Me encaminé á oír el Santo Sacrificio.

Estaba lloviendo; ó mejor dicho, el aire, un aire opaco, gris, que escasamente se dejaba penetrar por la luz del sol naciente, parecía detirarse en menudísimas gotas de agua, que ligeras, ingravidas flotaban

sin caer bañándolo todo en una especie de sudor frío, barnizando los desiguales y redondos pedruscos que alternando con la roca viva constituyen el pavimento de las mal llamadas calles y formando en los intersticios diminutos y acerados hilillos.

Después de bajar y subir por altonazos y escurrideros, entre paredes negras y lustrosos, recibiendo de vez en cuando el hálito caliente y acre de los establos entreabiertos y el sano y limpio olor del heno apilado en el fondo de los portalones, llegué á la puerta de la iglesia, mole cuadrangular, maciza y pesada, ennoblecida, aunque no graciosamente, por la robusta torre de planta cuadrada, desde uno de cuyos huecos un címbalo destemplado, ronquinoso, balanceándose perezosamente, llamaba á los devotos. Un amplio atrio cubierto de bóveda rebajada atraviesa el hastial de parte á parte. En él, después de asomarme al interior del templo y no distinguir cosa alguna, fuera de la chispa mortecina que ardía delante del tabernáculo, me dispuse á contemplar la entrad: de los fieles, que á la desfilada, de uno en uno fueron á los pocos instantes llegando por la derecha y por la izquierda.

La mayor parte eran mujeres. Venían arrebuajadas en amplios y negros mantos, que las convertían en fúnebres envoltorios, sin forma alguna humana. Llevaban las manos cruzadas debajo del basto merino y la vista fija en el suelo. Imposible era distinguir á las jóvenes de las viejas; á las guapas de las feas. Todas ofrecían el mismo aspecto. Los hombres, que con las manos en los bolsillos y la pequeña pipa colgada de los dientes, fueron llegando, tampoco presentaban nota alguna más alegre, con sus trajes oscuros, andar acompasado y escasa conversación.

Unas y otros fueron sumiéndose en la tenebrosa entrada.

Seguíes yo á los pocos momentos, cuando el címbalo con tres golpes desabridos dió la señal de la salida del sacerdote.

El templo seguía casi á obscuras y costóme gran trabajo acostumbrarme á aquella luz escasisima, que atravesaba las pequeñas vidrieras de los altos ventanales góticos que por lo angostos más parecían saeteras. Poco á poco fuíme dando cuenta de la distribución de los fieles.

Inmediatos á las gradas del presbiterio, hasta una docena de bancos pintados de ocre servían de reclinatorios á los hombres. Estaban éstos de rodillas, con las piernas separadas como compases abiertos, los brazos pesadamente apoyados en los rústicos respaldos y las cabezas bajas.

Dos terceras partes de la nave ocupaban las mujeres, arrodilladas también en simétricas filas. Cada una tenía delante, extendido en el

suelo, pequeño paño negro con un cestillo y sobre él un rollo de cerilla amarillenta, que todas fueron encendiendo, al comenzar la Misa, en sufragio de sus difuntos.

Se respiraba un olor á humedad, un hálito de tumba que parecía enfriar y entristecer aquel recinto tenebroso, como si de las losas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia se escaparan emanaciones de humanidad muerta. Dos raquílicas velas, encendidas á los lados del Sagrario, arrancaban solamente pálidos reflejos á la talla dorada del retablo que se perdía casi por completo en una sombra espesa.

«In nomine Patri et Filii et Spiritus Sancti. Introibo ad altare Dei», decía el anciano celebrante, extraordinariamente inclinado al pie del altar. Su voz era grave, quejumbrosa, opaca. Las de los acólitos, tiples y desentonadas, semejaban alocados quejidos al contestar con apresuramiento: «Ad Deum qui laetificat juventutem mean». Y en la continuación del solemne diálogo, entre el viejo y los niños, diálogo en que tan profundos y poéticos conceptos vierte la liturgia sagrada, y que uno y otros repetían maquinalmente, sin dar expresión ni sentido á las palabras, fuese acentuando, únicamente por el contraste y monotonía de la voz grave y de las voces agudas, la tristeza resignada, soñolienta del uno y la inconsciente amargura de los otros.

Y en vano al llegar al Gloria rezaba el bueno del sacerdote aquella salutación al cielo y á la tierra: «Gloria in excelsis Deo; et in terra pax hominibus bonae voluntatis». En vano se le escuchaba proseguir, siempre con la misma monotonía: «Laudamus te. Benedicimus te. Adoramus te, Glorificamus te. Gratias agimus tibi propten magnam gloriam tuam...» Ni aun nota de regocijo, ni una tilde de agradecimiento, ni un acento de amor indicaban que el corazón tomaba parte en aquella ceremonia. Los labios rezaban, las manos se morían, el alma estaba ausente ó dormitaba.

Al Evangelio todos los hombres se pusieron de pie y se persignaron con pausados movimientos. Las mujeres permanecieron de rodillas, como clavadas en el suelo. Yo, que hasta entonces había tratado en vano de ver el rostro de las que tenia más cerca, pude al fin distinguir una cara bellissima, envuelta y casi oculta por los pliegues de uno de aquellos mantos negros, que á todas convertían en informes bultos. Era el de una muchacha que debía de ser rubia á juzgar por la blancura de su tez y el azul de sus ojos, unos ojos grandes que sus párpados á medio caer envolvían en dulce y tranquila majestad. No sé si ella se dió cuenta de que yo la miraba atentamente, pues siguió rígida, sin mover

la cabeza, en que sólo los rojos y frescos labios de incitante carnosidad, retemblaban, ni las manos que debajo de su manto se cruzaban, como las manos atadas de una víctima.

Después del Credo, bajó el celebrante al centro de la iglesia. Había llegado el momento de la ofrenda y todas las mujeres fueron desfilando por delante de él para besar la estola y depositar en un cesto contiguo el simbólico pan. La muchacha de los ojos azules fué la última que ofreció, yendo y viniendo con la mayor gravedad y compostura sin hacer ruido alguno, bien así como si fuesen los paños de su falda y de su manto los que sólo se apoyaran en el suelo.

En el instante de alzar la Sagrada Hostia el recogimiento de los fieles pareció aumentarse todavía. Hombres y mujeres se replegaron más y más sobre sí mismos con inclinaciones y encogimientos humildísimos, mientras los acólitos, completamente prosternados en tierra, hacían sonar, sólo tres veces, una pequeña campanilla.

La luz, un tanto aumentada, permitía ya ver la mayor parte del templo, especialmente las bóvedas de crucería, surcadas por robustos nervios decorados con grandes rosetones, en cuyos centros se adivinaban las carotas congestionadas de fantásticos monstruos. También el retablo del altar, de gusto churrigueresco, iba surgiendo de las tinieblas de la capilla mayor: con sus enormes racimos de frutas que ceñían columnas salomónicas, rechonchas y desproporcionadas; sus capiteles, cornisas y entablamento, rebosantes de molduras y sus numerosas ornacinas pobladas de grosera estatuaria.

La Misa continuaba lenta, pausadamente. Un chico con una placa de metal en la mano la fué dando á besar á todos los concurrentes repitiendo: «Pax vobis». Llegó á mi vecina y volví á mirarla fijamente.

No creo que sus labios rozasen la imagen ni que hicieran más movimiento que el de su continuo tembleteo.

Y llegó la Comunión del sacerdote. Echado éste sobre la mesa del altar y extendiendo todo el brazo derecho para recogerle al punto con el único ademán rápido, enérgico que hizo durante toda la ceremonia, se dió los tres golpes de pecho que sonaron blandamente sobre la bordada casulla, mientras decía con la misma entonación opaca: «Domine non sum dignus...»

Volvieron á levantarse las mujeres, es decir, la mayor parte de ellas, y fueron á alinearse arrodilladas delante de la barandilla del presbiterio, para comulgar también. La de los ojos azules fué la última. Al volver

á su sitio reparé que llevaba los párpados completamente cerrados y no sé cómo, sin abrirlos tornó á prosternarse sobre el fúnebre paño, junto á su cerillo que chisporroteaba derramando lágrimas de cera.

Al terminarse la Misa me apresaré á salir en busca del aire libre. En el pórtico me esperaba mi posadero; un muchachote alto y fornido, lleno de salud, exuberante de vida, que empezaba á la sazón á cargar su pipa, después de haber asistido, como yo, á la sagrada ceremonia, aunque desde el coro de la iglesia, sitio el más frecuentado por la gente joven.

Seguía lloviendo, pero era ya completamente de día y esperé la salida de la gente.

Poco á poco fué dejando el templo toda la concurrencia con el mismo silencio y tan despacio como había entrado.

Apenas si algún grupo de tres ó cuatro personas, siempre del mismo sexo, se detenía unos instantes para cambiar media docena de palabras.

Los más marchaban solos y sin pararse hacia sus respectivas viviendas.

Yo buscaba entre los mantos la cara de la rubia y sólo veía rostros vulgares de jóvenes sin ninguna belleza, sin expresión ni gracia; caras descuidadas de mujeres prematuramente envejecidas, ó siluetas agudadas de verdaderas ancianas.

Por fin, y al cabo de media hora apareció en la puerta. Era de alta estatura, y sin duda de proporcionados miembros y bellísimas formas, pues aun al través y á pesar de mantos y sayas que tendían á convertir su cuerpo en algo lúgubre é informe, la fuerza expansiva de la belleza plástica se escapaba por trozos de curvas ideales reveladoras de una obra magnífica de la naturaleza.

En el dintel parada, quedóseme mirando un breve rato, mientras acomodaba entre sus manos tres libros de oraciones, el rosario y el portamonedas en forma que le permitieran abrir y sostener el paraguas.

Era realmenre bellísima, con esa belleza espiritual y sensual á la vez que lleva fácilmente de la admiración á la locura.

Tenía alrededor de los ojos la sombra misteriosa que deja el aleteo de los sueños delirantes cuando rondan la cabeza de una virgen pletórica...

Ella debió de comprender la intensidad de mi mirar codicioso, pues

antes de volver á entornar sus ojos y emprender su camino, vi relampaguear en sus pupilas el fuego de un alma tempestuosa.

—¿Quién es esa muchacha?—pregunté á mi acompañante el posadero.

—Ana Cruz, la mayor de Aguirrenea, de esa casa grande que hay enfrente de la nuestra.

—Es una guapa moza, ¿no te parece?

—Sí que es majilla.

—Y de seguro tendrá novio, ¿verdad?

—¿Por qué dice usted eso?

—Hombre, por qué lo he de decir; por lo mismo que es tan hermosa.

El muchachote se me quedó mirando un tanto estupefacto antes de contestarme.

—Verdad es que usted no sabe que tiene otra hermana menor, la Juana-Mari, á la que el padre quiere hacer ama joven en cuanto se coloque.

Esta quedará para afuera de casa, y claro, hasta ahora nadie la ha pasado recado. Pero calla, ahora me hace usted recordar que la otra noche oí á la abuela que el señor cura iba á decirle algo de parte del americano de Jaurrieta, que como ha traído tantos millones no le importa lo demás

—Vamos, ya comprendo—le dije—. Pero dime, ¿á tí te importaría que fuese pobre una chica tan guapa para quererla mucho y casarte con ella?

—¡Qué cosas tiene usted! Lo primero es lo primero y después lo otro. Además, que los padres son los que entienden de esas cosas.

—¿Pero á ti no te gustan mucho las mujeres guapas?

—Como gustarme claro está que me gustan, ¿pero qué tiene que ver eso con la formalidad de la hacienda?

—Tienes razón—le contesté—. Y dime ese americano de Jaurrieta, es joven ó viejo?

—De la quinta de mi padre. Irá para los sesenta.

Con esto echamos á andar en dirección á mi hospedaje.

La lluvia seguía cayendo silenciosa y menuda de un cielo blancuzco, pálido, sin transparencia ni contrastes de luz. Por encima de las casas negras de la aldea se divisaban los picos de las próximas montañas hundidos en nieblas informes que descendían rotas sobre los bosques de

pinos, oscuros y apretados. De las enormes, redondas chimeneas que coronaban los edificios, surgían columnas de negro humo.

No se veía alma viviente y el silencio en el pueblo era completo.

No se interrumpiría hasta que el címbalo ronco y destemplado que nos había reunido para oír la Santa Misa, volviese á balancearse en su tronera á las dos de la tarde, para congregarnos á rezar las Santas Vísperas.

¡Como era día de fiesta!

JOAQUÍN ARGAMASILLA.

